

Diario de Burgos Digital

Vivir 07/09/2008 Memoria / Un viaje en el tiempo

Another Spain

Hace 60 años, un reportero inglés casado con una burgalesa de Quintanarraya visitó esta localidad y sus alrededores a caballo entre La Ribera y la comarca de Pinares.

R. Pérez Barredo

[Ver más Imágenes](#)



Imagen del reportero inglés en Hinojar.

diariodeburgos.es

En marzo de 1950, un año antes de que la prestigiosa revista 'Life' publicara un reportaje sobre el pueblo cacereño de Deleitosa que proyectaría al mundo una imagen atávica, casi prehistórica, del país -y tantas veces evocada como España profunda-, otra publicación, la británica 'The Geographic Magazine', sacaba a la luz una curiosa crónica bajo el título Village Life in Old Castile (La vida en un pueblo de Castilla la Vieja). En el artículo, extenso y profusamente ilustrado con fotografías, se relatava lo duro que trabajaba aquella gente; la cantidad de hijos que tenía cada matrimonio; el privilegio que suponía para un hogar contar, por ejemplo, con un caballo; la sincera hospitalidad de los vecinos a pesar de sus evidentes necesidades. Lo firmaba un autor inglés, Churton Fairman. El pueblo castellano pertenecía a la provincia de Burgos. Se llamaba Quintanarraya.

La Inglaterra de mediados de siglo XX ya había empezado a sacudirse los fantasmas y las miserias de la II Guerra Mundial y era de nuevo faro de aquella maltrecha Europa. La imagen que de España bosquejaba aquel reportaje estaba muy alejada de la Inglaterra rural, pero en modo alguno tuvo la repercusión que, un año más tarde, provocaría el reportaje de 'Life'. No en vano, el periodista no destacaba tanto la miseria y la lúgubre realidad de aquel microcosmos rural como sus cualidades más luminosas: sostenía su reportaje desde la dignidad de sus gentes, abocadas al trabajo sempiterno, conformadas con un modo de vida heredado de sus ancestros con resignación e, incluso, orgullo y alegría.

Tres años más tarde, en el año 1952, aquel periodista recogería de forma más extensa su experiencia en un libro titulado Another Spain (La otra España) posiblemente como contraposición a la visión que 'Life' había dado al mundo del país ibérico. Pero ¿quién era Churton Fairman? ¿Cómo y por qué había llegado precisamente a Quintanarraya y no a otro lugar de la ancha Castilla?

Tras la sublevación militar de 1936 que derivó en guerra civil, numerosos niños de familias republicanas fueron evacuados al extranjero. Aurelia Pérez, natural de Quintanarraya, se convirtió en una de ellos. Tenía diez años cuando llegó a Londres como refugiada. Durante dos lustros, trabajó como sirvienta en varios hogares londinenses. En ese tiempo mantuvo correspondencia más o menos frecuente con los suyos. En 1949 contrajo matrimonio con un inglés. Se llamaba Austin Churton Fairman, y era un reportero con espíritu aventurero que había estudiado en Oxford antes de combatir con la Royal Ulster Rifles durante la II Guerra Mundial. Un tipo culto e inquieto que había nacido en Londres en 1924.

el viaje. El mismo año de la boda, y cansada de llevar trece años sin ver a su familia, Aurelia quiso viajar a España. El matrimonio Fairman consiguió quince días de vacaciones en agosto y puso rumbo a la península ibérica. El destino era Berango, en Vizcaya, donde residía la madre de Aurelia. Aparte del equipaje, Fairman viajó con una cámara fotográfica y varios cuadernos de notas. En Another Spain escribiría esto a modo de introducción. «España es conocida como una vaga tierra de mantillas, guitarras y violentas pasiones...».

Todo el relato está cuajado de anécdotas. Las apreciaciones del inglés, muchas de ellas marcadas por el

asombro o la sorpresa, resultan valiosísimas. Tras el interminable viaje en tren desde París, Fairman y Aurelia cruzaron la frontera por Hendaya. El viajero recogería así el momento y lo que más le llamó la atención. Una estampa imborrable: «Los guardias civiles llevaban un uniforme verde oliva, con un característico sombrero negro llamado tricornio, el cual es imposible de describir a la vez que inconfundible».

Sin embargo, no sólo el paisanaje le confirmaría que se hallaba en otro país. Mientras esperaban a un ferrocarril que les llevara primero a San Sebastián y luego a Bilbao, el matrimonio Fairman sufrió un desagradable incidente. El inglés lo recordaría así en el libro: «Nos dimos cuenta de que algo iba mal. La gente comenzó a hacer comentarios audibles; pensé que estaban hablando de mí (...) Aurelia estaba susurrándome, con vergüenza, que debía cambiarse de ropas». Y es que la mujer llevaba pantalones... Tras el emotivo encuentro con su madre y una hermana, los Fairman pasaron unos días en Berango. Pero el objetivo del viaje era regresar a Quintanarraya. Llegar hasta el pueblo resultó una odisea de un día entero, en diferentes trenes y, por fin, en autocar hasta Salas de los Infantes, adonde Fairman, Aurelia, su madre y un hermano de ésta arribaron hacia la medianoche. En el interminable trayecto, Fairman pudo comparar los diferentes caracteres de vascos y castellanos. Y, tras su estancia en Quintanarraya, obtuvo esta conclusión: «Si me dieran a escoger entre vivir en una ciudad vasca llena de cines, servicios y automóviles o en un pueblo pequeño de Castilla, no dudaría con cuál quedarme. Los vascos son gente muy educada, feliz y comprometida con su entorno, pero a pesar de esto y de su antigua historia -ellos dicen que su lengua es la más antigua de Europa- les falta la amabilidad y dignidad que estábamos encontrando en Castilla».

quintanarraya. «Parece una exageración -escribió Fairman en Another Spain- pero realmente el pueblo sólo tenía una calle -sin pavimentar, claro-, el resto no eran más que callejones entre las casas». Llegados por fin a Quintanarraya, 'los ingleses' -como rápidamente fueron bautizados- se convirtieron en objeto de agasajo por la multitudinaria familia de Aurelia. Churton Fairman no dejaba de sorprenderse con las costumbres del pueblo natal de su mujer.

«Aquí las comidas eran muy diferentes a como lo eran en Berango, particularmente en la manera de servirlos. Nos sentábamos en la mesa, vacía, con una cuchara cada uno, y con el inevitable porrón de vino, de un tamaño exagerado. El primer plato era un cocido, que se servía en un plato hondo; normalmente llevaba judías, con arroz o algún condimento que le diera sabor. Era servido desde una olla grande, que se situaba en el centro de la mesa, al estilo árabe. En la mano derecha se servía un gran trozo de pan blanco. Después del cocido, normalmente había carne, que se situaba también en el centro, y se cogía cada uno lo que le apeteciera poniéndolo encima del pan».

Cada detalle fascinaba a Fairman. No daba crédito al hecho de que la luz la generara el molino de un tío de Aurelia, o que cada familia tuviera una bodega: «No me imaginaba que estuvieran a las afueras del pueblo, como si de una capilla o un cementerio se tratara. Allí hacían y almacenaban vino para beberlo todo el año». Asimismo, le llamaba la atención lo numerosas que eran las familias, si bien pronto descubrió una razón que lo explicaba. «Los habitantes de Quintanarraya acostumbraban a tener familias muy largas. Les daban un buen uso... Desde bien pequeños, los chicos ayudaban a sus padres en el campo, y las chicas cuidaban a sus hermanos pequeños. Sin embargo, todos encontraban un momento para estudiar, aunque nunca descubrí cuándo».

En los días que pasó en Quintanarraya, Churton Fairman pudo empaparse del alma de la tierra castellana: bebió en las bodegas, cazó liebres, se quedó estupefacto durante la famosa romería de la Virgen de Castro, que se celebra en Peñalba, en un alto junto a las ruinas de Clunia. «¡Qué ancho parecía el horizonte de Castilla! ¡Y qué paz se sentía al observar todo el paisaje!», recogió en el libro. También visitó Hinojar y Huerta de Rey, donde la visión de unas mujeres lavando ropa en el río se quedó grabada en su mente. El viaje de Fairman y Aurelia no concluyó allí: también visitaron Madrid y Sevilla antes de regresar a Inglaterra. El matrimonio tuvo un hijo y tres hijas, pero acabó separándose. Aurelia regresó al menos una vez más. Fairman no volvió nunca, pero la huella de aquel viaje le acompañó siempre. Las primeras líneas de su libro son elocuentes al respecto. «No puedo asegurar en qué momento asumí la importancia que España tiene en mi vida. El proceso debió ser gradual, y si intentara aislar el grano de arena por el cual la perla creció, no podría hacerlo».

Gracias a Jesús Moncalvillo, su sobrino José Alberto y su suegro Anselmo, que se volcaron para ayudarnos a hacer este reportaje. Sin ellos hubiera sido imposible contar esta historia.